

Estaba D. Abundo con la cabeza baja, y su espíritu se hallaba entre aquellos argumentos como el pollo entre las garras del gavilán que le tiene elevado á una region desconocida, y en una atmósfera que nunca respiró. Viendo que era necesario contestar alguna cosa, dijo con cierta sumision no producida por el convencimiento :

— Señor ilustrísimo, no tendré razon : si no se ha de hacer caso de la vida, ya no sé qué decir ; pero cuando hay que habérselas con gente que tiene la fuerza y no entiende de razones, no sé qué es lo que se podría ganar con echarla de valiente. Aquese es un señor con quien no hay que partir peras.

— ¿ No sabéis que el sufrir por la justicia es nuestra victoria? Y si no sabéis esto, ¿ qué es lo que predicáis? ¿ De qué sois maestro? ¿ Cuál es la buena noticia que anunciáis á los pobres? ¿ Quién os pide que venzáis la fuerza con la fuerza? Ciertamente no os preguntarán un dia si habéis sabido contener á los poderosos, porque no se os dió para esto ni comision ni medios ; pero sí os preguntarán si empleasteis los que estaban en vuestra mano para hacer lo que os habian mandado, áun cuando aquéllos tuviesen la temeridad de oponerse.

« ¡ Qué rarezas tienen estos santos! decia para sí don Abundo. En sustancia, segun se ve, le interesan más los amores de dos aldeanos que la vida de un pobre sacerdote. » Y en cuanto á él, se hubiera contentado con que allí diese fin la amonestacion ; pero veia que el Cardenal á cada pausa quedaba como quien aguarda una respuesta, una confesion ó una apología ; en fin, alguna cosa.

— Vuelvo á decir, ilustrísimo señor, que seré culpado... El valor no puede uno infundírselo á sí mismo.

— ¿ Y por qué, pues, pudiera yo contestar, ¿ por qué, pues, abrazasteis un ministerio que impone el estar en continua guerra con las pasiones del siglo? Pero me limitaré á preguntaros : ¿ cómo no os ocurrió que en este ministerio, de cualquier modo que le abrazaseis, si el valor es necesario para cumplir con sus obligaciones, el Señor os le daría infalible-

mente, como se lo pudieseis con fervor y confianza? ¿ Creéis que tantos millones de mártires tuvieron naturalmente valor? ¿ que despreciasen la vida tantos jóvenes que empezaban á gozar de ella, tantos ancianos acostumbrados á sentir que se acercaba su término, tantas doncellas, tantas madres? Todos tuvieron ánimo, porque el ánimo era necesario, y porque tuvieron confianza. Conociendo vuestra debilidad y obligaciones, ¿ tratasteis de prepararos á los pasos difíciles en que pudierais encontraros, y en que efectivamente os habéis encontrado? Si en tantos años de oficio pastoral habéis amado á vuestra grey, no debia faltaros el ánimo, porque el amor es intrépido. Si amabais, pues, á los que estaban encargados á vuestro cuidado, á los que llamabais hijos, ¿ cómo es que al ver á dos de ellos amenazados, temblasteis por vuestra propia vida y no por ellos? ¿ Y qué hicisteis por esos pobres? Aquí calló en ademan de aguardar la contestacion.

CAPÍTULO XXVI

Á semejante pregunta no supo D. Abundo qué responder.

— ¿ No contestáis? — preguntó el Cardenal. — Si por vuestra parte hubierais hecho lo que pedia la caridad, cualquiera que hubiese sido luégo el resultado, no os quedariais sin respuesta. Lo que habéis hecho os lo diré yo. Habéis obedecido á la iniquidad, no haciendo caso de lo que os imponia vuestra obligacion. La iniquidad os impuso la transgresion y el silencio, y vos, faltando á vuestro deber, callasteis y obedecisteis. Ahora pregunto yo si habéis hecho otra cosa, y me diréis tambien si no es verdad que anduvisteis buscando pretextos para cohonestar vuestra negativa y no revelar la verdadera causa de ella.

Y aquí tambien estuvo aguardando la respuesta.

« ¡ Hasta esto le han espetado aquellas cotorrás! » dijo para sí D. Abundo.

Y como no diese indicios de contestar, continuó el Arzobispo:

— ¿Luego es cierto que engañasteis á aquellos infelices, diciéndoles lo que no era para mantenerlos en la ignorancia que exigia de vos la perversidad?... Debiendo, pues, creerlo, no me queda que hacer sino sonrojarme con vos, y esperar que lloréis conmigo semejante culpa. Ved, ¡Dios mio! adónde os ha conducido la falta de caridad; á engañar á los débiles, y á mentir á vuestros propios hijos. Si tenéis que contestar á mis palabras, hacedlo francamente; pero si son justas, medítadlas de modo que os sirvan de confusion saludable.

« Hé aquí cómo van las cosas, continuaba diciendo entre sí D. Abundo: ¡al mismo Satanas (y aludía al caballero del castillo) le echa las brazos al cuello, y á mí, por una mentirilla de mala muerte para salvar el pellejo, tanta reconvencción! Pero son superiores, y siempre tienen razon. Es estrella mia que hasta los santos han de pegarla conmigo. »

— He errado (prosiguió en voz alta), lo conozco, he errado; pero ¿qué habia de hacer en un conflicto como aquel?

— ¿Aún tenéis valor para preguntarlo?— contestó el Cardenal. — ¿No os lo he dicho ya? amar á vuestra grey, implorar el auxilio divino, que no podia faltáros, casando á Lorenzo y á Lucía: ellos se hubieran ausentado, como ya era su plan; y sin riesgos ni compromiso hubierais evitado una multitud de males; y aún sin estos, ¿cómo no os acordasteis de que teniais un superior, el cual, así como tiene la autoridad de reconveniros por haber faltado á vuestra obligacion, tenia también la de ayudaros á cumplir con ella? ¿Cómo no os ocurrió que podiais informar á vuestro prelado del obstáculo que una infame violencia oponia al ejercicio de vuestro ministerio?

« Ese era el parecer de Perpétua, » decia para sí con enfado D. Abundo, el cual, aún entre aquellos discursos, lo que más vivamente ocupaba su imaginacion eran los bravos, y el pensar que D. Rodrigo estaba vivo y sano, y que presto ó tarde volveria triunfante y furioso; y aunque la dignidad del

Arzobispo, su presencia y sus palabras le causaban confusion y temor, era sin embargo un temor que no le dominaba del todo, ni le impedía discurrir allá á su manera, ocurriéndole sobre todo el pensamiento de que por fin las armas del Cardenal no eran ni bravos, ni escopetas, ni puñales.

— ¿Cómo no os ocurrió — continuó el Cardenal — que en el caso extremo de que aquellos infelices perseguidos no hubiesen encontrado otro refugio, aún quedaba yo para acogerlos y librarlos si me los hubieseis enviado, y por lo que á vos toca, yo os hubiera protegido y hubiera cuidado de que nadie os llegase al pelo de la ropa? ¿Y creéis que ese hombre atrevido no se hubiera moderado, sabiendo que no se ignoraban sus tramas, que yo mismo tenia noticia de ellas, y que estaba resuelto á emplear todos los medios posibles para defenderos y ampararos? Debiais también tener presente que la iniquidad no se funda sólo en sus fuerzas, sino también en la credulidad y cobardía ajena.

« ¡Las mismas, mismísimas razones de Perpétua! » continuaba diciendo para sí D. Abundo, sin reflexionar que aquella conformidad de opinion entre su criada y el cardenal Borromeo, con respecto á lo que hubiera debido y podido hacer, probaba mucho contra él.

— Sin embargo, — concluyó el Cardenal, — como no quisisteis considerar sino vuestro propio peligro, no es extraño que os pareciese tan grande que os hiciese olvidar todo lo demas.

— ¿Y cómo no, señor ilustrísimo (se le escapó á D. Abundo), cuando yo vi aquellas caras y oí aquellas palabras? Usia ilustrísima habla muy bien; pero era necesario haberse hallado en lugar de un pobre cura, y haberse visto en el mismo conflicto.

Apénas pronunció D. Abundo estas palabras, se mordió los labios, conociendo que se habia dejado llevar demasiado de su despecho, y dijo para sí: « ¡Ahora será ello! » pero levantando con duda los ojos, quedó admirado al ver el aspecto de aquel varon, á quien nunca podia comprender,

pasar de la gravedad de reprensor á la de persona reflexiva y compungida.

— ¡Por desgracia es tal — dijo el Arzobispo — nuestra miserable y terrible condicion, que nos vemos en la necesidad de exigir rigurosamente de los demas lo que Dios sabe si nosotros estaríamos dispuestos á hacer. Es de nuestra obligacion juzgar, corregir y reprender, y sabe Dios lo que haríamos nosotros en semejantes casos. Pero ¡ay de mí, si hubiera de tomar mi debilidad por norma de la obligacion de los demas, y por medida de mi enseñanza! Harto cierto es que con la doctrina debo acompañar el ejemplo, y no asemejarme al fariseo que impone al prójimo pesos que él mismo ni siquiera se atreve á tocar con el dedo. Ahora, pues, hijo y hermano mio, puesto que las faltas de los que presiden suelen á veces ser conocidas más bien de los otros que de ellos mismos, si sabéis que yo por pusilanimidad, ó por cualquiera otro respeto humano, haya faltado alguna vez al cumplimiento de mis deberes, decídmelo con franqueza. Manifestadme libremente mi debilidad, y entónces adquirirán más fuerza las palabras que salgan de mi boca, porque conoceréis que no son mias, sino de quien puede darnos á vos y á mí la fuerza necesaria para hacer lo que ellas prescriben.

« ¡Qué hombre tan santo, pero capaz de atribular á una roca! decía en su corazon D. Abundo. ¡Ni á sí mismo se perdona! » — ¿Es posible, — prosiguió luégó en alta voz, — es posible, ilustrísimo señor?... ¿Quién no conoce la firmeza de su ánimo, y su impertérrito celo? « ¡Así no fuera tanto! » añadió entre sí.

— No os pedia yo alabanzas que me mortifican, — dijo el Cardenal, — porque Dios sabe mis faltas, y para mi confusion sobra con las que yo mismo me reconozco; pero mi ánimo era que nos confundiésemos juntos delante de Dios para que juntos tambien confiásemos en su misericordia. Quisiera por vos mismo que conocieseis vuestro error, y os penetraseis de la diferencia que hay entre vuestro len-

guaje y la ley que predicáis, y por la cual seréis juzgado.

— Todo cae sobre mí, — dijo D. Abundo; — pero no sé cómo las personas que han venido chismeando no han dicho tambien que se introdujeron á traicion en mi casa para sorprenderme y obligarme á hacer un casamiento contra las reglas prescritas.

— Tambien lo han dicho, — replicó el Cardenal: — y esto es lo que aumenta mi afliccion, y sobre todo el ver que tratéis de disculparos acusando, y que aleguéis por disculpa lo que agrava vuestra falta. ¿Quién puso á aquellos infelices, no diré en la necesidad, pero sí en la tentacion de hacer lo que hicieron? ¿Hubieran por ventura buscado aquel medio irregular, si no se les hubiese impedido el legítimo? ¿Hubieran pensado en engañar al pastor, si este los hubiese acogido en sus brazos, y los hubiese ayudado con sus consejos? ¿Y os atrevéis á hacerles un cargo de esta conducta? ¿Y qué ventajas os hubieran resultado de que guardaran silencio? ¿Os tenía por ventura cuenta el que vuestra causa se presentase integrante al tribunal de Dios? ¿No es un nuevo motivo para que los améis el que os hayan proporcionado la ocasion de oír la voz de vuestro pastor, ofreciéndoo así un medio para conocer mejor y descontar en parte la gran deuda que contrajisteis con ellos? Aunque os hubiesen provocado, ofendido, insultado, os diria yo (y debia decíroslo) que los amaseis; ¿con cuánta más razon debéis hacerlo; porque han padecido, porque son vuestras ovejas, porque son débiles, porque necesitáis de perdon, y no debéis ignorar cuánto pueden contribuir sus oraciones á conseguirlo?

Callaba D. Abundo, pero no era ya su silencio un silencio tal que indicase obstinacion y fastidio, sino que callaba como quien tiene muchas cosas en que pensar, y nada sabe que decir. Las palabras que oía eran consecuencias inesperadas y aplicaciones nuevas de una doctrina antigua y no contradicha en su misma mente. Los males ajenos, de cuya consideracion le distrajo siempre el miedo de los suyos propios,

hacian entónces en su ánimo una nueva impresion, y si no sentia todo el remordimiento que trataba de excitar el sermón, porque siempre se le oponia aquel mismo miedo, no dejaba de sentir parte de él, experimentando ademas cierto disgusto de su persona, cierta compasion en favor de los otros, y un conjunto de ternura y de confusion. Se parecia (si se nos permite esta comparacion) al pábilo de una vela húmedo y aplastado, que puesto en contacto con la llama de una hacha encendida, humea al principio, chirría, chisporrotea, se resiste, pero al fin se enciende, y bien ó mal sigue ardiendo. Á no ser por la idea de D. Rodrigo, D. Abundo se hubiera confesado reo, y hubiera llorado: sin embargo, se manifestaba bastante conmovido para que el Cardenal conociera que sus palabras no habian sido infructuosas.

Con esto prosiguió diciendo :

— Ahora el uno está fugitivo de su casa, el otro con precision de abandonarla, y los dos con harta razon para mantenerse léjos de ella, y sin probabilidad de juntarse jamas aquí, aunque Dios haya determinado reunirlos. Ahora por desgracia no tienen necesidad de vuestra asistencia, ni por desgracia tenéis ocasion de hacerles bien. Por nuestras cortas luces no podemos prever si en adelante se os proporcionara alguna ; pero ¿quién sabe si la misericordia de Dios se dignará ofrecérsela? ¡ Ah ! no la dejéis escapar ; aprovechadla, y pedid al Señor que os la facilite.

— ¡ Ah, señor ilustrisimo ! así lo haré, lo prometo, contestó D. Abundo con una voz que manifestaba salir del corazón.

— ¡ Sí, hijo ! — exclamó el Cardenal ; y con una dignidad afectuosa concluyó diciendo : — Sabe el cielo cuánto hubiera deseado tener con vos otra clase de razonamientos. Mucho hemos vivido ya entrambos. ¡ Sabe Dios cuán penoso ha sido para mí contristar esas canas, y cuánto hubiera preferido que nos consolásemos juntos tratando de nuestros cuidados comunes y de nuestras penas, y hablando de la eterna esperanza á que estamos tan inmediatos ! Haga Dios

que las palabras que me he visto en la precision de emplear con vos sean útiles á entrambos ! No déis motivo á que Su Divina Majestad me pida cuenta en aquel tremendo dia por haberos conservado en un ministerio en el cual habéis faltado á vuestros deberes de un modo tan lamentable. Recobremos el tiempo perdido : la média noche se acerca ; conduzcámonos de tal manera que el esposo, que ya no puede tardar, nos encuentre con la lámpara encendida. Presentemos á Dios nuestros corazones tristes y vacíos, para que se



¡ Ah, señor ilustrisimo ! así lo haré.

digne llenarlos de aquella caridad que enmienda lo pasado, asegura lo porvenir, teme y se alegra, y que en todos los casos se convierte en aquella virtud de que tanto necesitamos.

Dicho esto, salió el Cardenal, siguiéndole D. Abundo.

Aquí nos previene el autor anónimo del manuscrito ya citado que no fué esta la sola conferencia que tuvieron estos dos personajes, ni Lucía la única materia de sus discursos ; pero que él se ha limitado á esta sola para no apartarse demasiado de su historia. Por la misma razon sin duda no referiria otras muchas cosas notables, dichas y hechas por el cardenal Federico Borromeo en todo el discurso de

aquella visita, ni hablaria de sus larguezas, ni de antiguos rencores extinguidos, desavenencias aplacadas entre personas y familias, y aún entre pueblos y pueblos, desavenencias harto frecuentes en aquellos infelices tiempos, ni de varios bravos, ni de algunos pequeños tiranos convertidos para siempre, ó por algun tiempo; cosas todas de que no faltaba poco ó mucho en cada parte de la diócesis donde se trasladaba aquel ilustre y célebre prelado.

Sigue luégo diciendo como la mañana siguiente vino doña Práxedes, segun lo acordado, á llevarse á Lucía, y cumplimentar al Arzobispo, quien le hizo el elogio de la jóven, recomendándosela con el mayor empeño. Separóse Lucía de su madre con lágrimas, como es de inferir; salió de su casita, y dijo adios por segunda vez á su pueblo con aquel doble sentimiento y amargura que se experimenta al dejar un paraje amado, y que ya no puede serlo; pero la despedida de la madre no era la última, pues doña Práxedes dió á entender que permanecería todavía algunos dias en su quinta que no estaba muy léjos, é Ines prometió á su hija que iria á verla, para darla y recibir de ella otro adios más penoso.

Ya estaba tambien para marcharse el Cardenal y pasar á otra parroquia, cuando llegó y pidió hablarle el Cura párroco de aquella á que pertenecia el caballero del castillo. Introducido, le presentó un cucurucho de monedas y una carta del mismo caballero, en la cual le suplicaba que hiciese pasar á manos de la madre de Lucía cien escudos de oro para dote de la muchacha, ó para el uso que las dos tuviesen por más conveniente. Suplicábale asimismo que les dijese que si en alguna ocasion juzgasen que podia serles útil, ya la jóven sabia demasiado su morada, y que miraria la coyuntura de poderlas servir como uno de los acontecimientos más felices de su vida.

El Cardenal mandó llamar inmediatamente á Ines, la informó de su comision, que la buena mujer oyó con sorpresa y gusto, y le presentó el cucurucho, que Ines sin cumplimientos se dejó meter en la mano, diciendo:

—¡ Dios se lo pague á ese señor! Sírvase usía ilustrísima darle muchas, muchísimas gracias, sin decírselo á persona alguna, porque este es un país... usía ilustrísima me perdone: yo bien sé que una persona de su carácter no va á charlar estas cosas; pero... ya me entiende.

Tomó Ines paso á paso el camino de su casa; encerróse en un cuarto, desenvolvió el papel, y aunque prevenida, vió con



Vió con admiracion tantas de aquellas monedas.

admiracion tantas de aquellas monedas, de las cuales quiza nunca habia visto sino una á la vez, y aún eso con no mucha frecuencia. Las contó, trabajó bastante para reunir las otra vez y colocarlas todas de canto con igualdad, pues á cada paso hacian panza y se le escurrian entre sus inexpertos dedos, hasta que por fin consiguió hacer un rollo, que envolvió en un trapo, formando un envoltorio. Atóle muy bien dándole vueltas con un cordelito, y lo escondió en una punta de su jergon. En todo el resto de aquel dia no hizo sino cavilar, formar proyectos, y desear que llegase el siguiente. Metida

en la cama, estuvo mucho tiempo sin dormir con el pensamiento puesto en sus cien escudos que tenía debajo; dormida los vió en sueños, y al amanecer se levantó poniéndose en camino para la quinta en donde se hallaba Lucía.

Esta, por su parte, aunque en nada se habia disminuido su gran resistencia en hablar del voto, se habia, sin embargo, decidido á violontarse para descubrirse á su madre en aquella entrevista que por largo tiempo debia ser la última.

Apénas se hallaron solas, Ines, con cara muy animada, y al mismo tiempo un tono de voz muy bajo, como si se hubiese hallado presente persona de quien no quisiese ser oida, empezó de esta manera :

— ¡ Qué gran novedad tengo que contarte, hija mia !
continué refiriendo la inesperada ventura.

— ¡ Dios biendiga á aquel señor ! — dijo Lucía : — de este modo podrá usted, madre mia, vivir con descanso, y aún hacer bien á otros.

— ¡ Cómo ! — contestó Ines : — ¡ no sabes tú cuántas cosas podemos hacer con tanto dinero ! Oye : yo no tengo sino á tí, ó por mejor decir, sino á vosotros dos, porque á Lorenzo, desde que puso los ojos en tí, le he mirado siempre como á hijo mio. Todo está en que no le haya sucedido alguna desgracia, porque es muy raro el que no dé señal alguna de vivir ; ¿ pero qué, han de ponérsenos tan mal todas las cosas ? yo espero que no. Por mi parte siempre fueron mis deseos dejar mis huesos en mi tierra ; pero puesto que no puedes vivir en ella por aquel bribon, que con sólo pensar que le tenemos por vecino no puedo ménos de estremecerme, ya me disgusta mi país ; además de que yo con vosotros me hallo bien en todas partes. Desde entónces estaba decidida á ir en vuestra compañía hasta el fin del mundo ; pero sin dinero ¿ cómo fuera posible ? ¿ Me comprendes ahora ? Aquellos pocos cuartejos que el pobrecillo habia conseguido ahorrar, vino la justicia, y volaron ; pero en recompensa el Señor nos ha enviado esta fortuna. En cuanto Lorenzo encuentre medio de informarnos si es vivo ó muerto, dónde está, y cuáles son sus

intenciones, al instante voy por tí á Milan ; sí, yo misma. En otro tiempo me hubiera mirado en ello ; pero las desgracias hacen que las gentes despierten y aprendan : yo ya he ido hasta Monza, y sólo que es viajar. Busco un hombre seguro, un pariente, como, por ejemplo, Alejo, que vive en Magránico, porque á la verdad en el lugar ninguno hay á propósito, y me voy con él... El gasto lo haremos nosotras, y santas pascuas... ¿ Me comprendes ?

Pero viendo que Lucía, en lugar de alegrarse, se mantenía mustia y como pensativa, interrumpió la historia de su proyecto, diciendo :

— ¿ Qué es lo que tienes ? ¿ No te parece bien ?

— ¡ Ay, querida madre ! — exclamó Lucía, echándole los brazos al cuello, y dejando caer sobre su seno la cara bañada en lágrimas.

— ¿ Qué es eso ? — preguntó de nuevo Ines con ansia.

— Debía habérselo dicho ántes, — dijo Lucía, levantando la cabeza y serenando el rostro ; — pero no he tenido valor para ello : perdonadme.

— ¿ Pero qué hay ? dílo presto.

— Qué ya no puedo ser esposa de aquel desgraciado.

— ¿ Cómo es eso ?

Lucía, con la cabeza baja, el corazon angustiado y cayéndosele las lágrimas sin llorar, como quien cuenta una cosa que, aunque sea un infortunio, no tiene remedio, reveló lo del voto : y juntando las manos, pidió de nuevo perdón á su madre por habérselo callado hasta entónces : la suplicó que no lo descubriese á nadie y que la asistiese para cumplir lo ofrecido.

Atónita y consternada Ines, quisiera enfadarse por haber guardado su hija tal silencio con ella ; pero los pensamientos que excitaba la gravedad del caso, ahogaban aquel disgusto personal : sus deseos eran reprobar el hecho ; pero le parecia que era habérselas con el cielo, tanto más, cuanto Lucía no cesaba de describir la fatal noche del castillo, su desolacion y su inesperada libertad, entre cuyos acontecimientos formó

tan expresamente y con tanta solemnidad aquel voto : y al mismo tiempo se presentaban á su memoria varios ejemplos que mil veces le habian contado, y ella repetido á su hija, de castigos extraños y terribles por la violacion de algun voto ; de manera que despues de algunos momentos de perplejidad, no supo proferir más palabras que decir :

— ¿ Y qué será de ti en adelante ?

— De mí será — respondió Lucía — lo que el Señor y su santa Madre dispusieren : me he puesto en sus manos, y así como hasta aquí no me han desamparado, tampoco me abandonarán en lo sucesivo... La gracia que le pido al Señor, la sola gracia, es el que me conceda volver á vuestro lado : sí, me lo concederá ; lo espero... ¿ Quién diría aquel día, en aquel coche?... ¡ Ah, Virgen santísima !,.. aquellos hombres... ¿ quién dijera que me conducirían á casa de la persona que al siguiente día me habia de llevar á los brazos de mi madre ?

— Pero ¿ por qué no me abriste tu pecho sin tardanza ? — dijo Ines con cierto enojo templado por la compasion y el cariño.

— Perdonadme, — replicó Lucía ; — no tuve ánimo para ello. Y además, ¿ qué se adelantaba con afligiros con tal anticipacion ?

— ¿ Y Lorenzo ? — dijo Ines meneando la cabeza.

— ¡ Ah ! — exclamó Lucía estremeciéndose ; — ya no me es permitido pensar en aquel infeliz. Dios no quería... ¿ No veis cómo parece que nos ha querido tener separados ?... ¿ Y quién sabe ? pero Dios le habrá librado de peligros, y hará que sea aún más dichoso sin mí.

— No hay otro inconveniente que la perpétua promesa que hiciste al cielo. Por lo demás, á no haber sucedido á Lorenzo alguna desgracia, pronto hubiera yo puesto remedio á todo con el auxilio de este dinero.

— Pero ese dinero — replicó Lucía — ¿ lo tendríamos nosotras si yo no hubiera pasado aquella noche ?... El Señor ha querido que sucediese así ; ¡ hágase, pues, su santa voluntad !

Y murió su voz ahogada en lágrimas.

Á este inesperado argumento quedó Ines pensativa ; y despues de algunos instantes, comprimiendo Lucía los sollozos, prosiguió :

— Ya que la cosa está hecha, es necesario resignarse con buen ánimo ; y vos, madre mia, podéis ayudarme, primero rogando al Señor por vuestra desgraciada hija, y luego... porque, en fin, es indispensable que aquel infeliz lo sepa. Encargaos de esta diligencia, que bien podéis hacerlo. Cuando se sepa dónde se halla, se le puede escribir y buscar á un hombre... justamente mi tío Alejo, que es hombre prudente y caritativo, que nos ha estimado siempre y sabrá tener reserva. Podéis hacer que él mismo le escriba todo lo que ha sucedido, el conflicto en que me he hallado, lo que he padecido ; que Dios lo ha dispuesto así, y que se tranquilice, pues yo no puedo ya ser de nadie, dándole á entender la cosa con prudencia, explicándole que he hecho voto... ¡ Ah, cuando él sepa que lo he hecho á la Virgen !,.. ¡ Él ha sido siempre tan bueno !... Y en cuanto tengáis noticias tuyas, haced que me escriban para que sepa si está bueno, y luego... no volváis á hablarme de él en tiempo alguno.

Enternecida Ines, prometió á su hija que todo lo haría como deseaba.

— Quisiera deciros otra cosa, — prosiguió Lucía. — Á ese pobre, si no hubiera tenido la desgracia de conocernos, nada le hubiera sucedido. Anda errante por el mundo, le han quitado su modo de vivir, sus ahorros y cuanto tenía, y ya sabéis la causa. ¡ Y nosotras con tanto dinero ! ¡ Ah, madre mia ! puesto que el Señor nos ha enviado tanto bien, y que mirabais á Lorenzo como á hijo, partid con él ese dinero, que Dios no nos faltará. Buscad un hombre de confianza y enviádselo, que sabe Dios los apuros en que podrá verse.

— ¿ Pues qué te figuras ? — contestó Ines : — lo haré con mucho gusto. ¡ Pobre muchacho ! ¿ por qué crees tú que estaba yo tan contenta con ese dinero ?... ¡ Yo, á la verdad, habia venido aquí tan alegre ! yo... En fin, se lo enviaré sin

falta. ¡ Pobre Lorenzo!... Pero él... Yo bien me entiendo... No creas tú que será ese dinero lo que le engorde.

Dió Lucía gracias á su madre por tan liberal condescendencia, con un calor, con una efusion de afecto que podía muy bien dar á entender á cualquiera que la hubiese mirado, que tenía Lorenzo todavía en su corazon más parte que la que ella misma se figuraba.

— ¿ Y sin ti, qué haré yo, infeliz mujer ? — dijo Ines llorando.

— ¿ Y yo sin vos, querida madre, en casa extraña, allá en Milan ?... pero el Señor nos acompañará á las dos, luego nos concederá que nos reunamos otra vez. Dentro de ocho ó nueve meses nos volveremos á ver aquí, y ¿ quién sabe si ántes ? Dejemos obrar al Señor : yo no dejaré de rezar á la Virgen ; confío en su inmensa misericordia.

Con estas y otras semejantes repetidísimas palabras de quejas, de consuelo, de resignacion y de promesas, con muchas lágrimas, y despues de repetidos y largos abrazos, se separaron madre é hija, prometiéndose recíprocamente volverse á ver á más tardar en el próximo otoño, como si estuviese en su mano el hacerlo, y como generalmente se hace siempre en semejantes casos.

Entre tando pasó mucho tiempo sin que Ines pudiese tener noticia de Lorenzo, é inútiles fueron cuantas diligencias hizo para proporcionárselas.

Ni era ella la sola que trabajaba inútilmente con semejante objeto. El cardenal Borromeo, que no por cumplimiento habia ofrecido informarse del paradero de aquel desgraciado escribió inmediatamente para averiguarlo. Llegado á Milan, recibió contestacion en que le decian que nada se sabía de aquel individuo ; que efectivamente habia permanecido algun tiempo en aquel pueblo, en que nada dió que decir ; pero que una mañana habia desaparecido de improviso, y que un pariente suyo en cuya casa vivió, ignoraba lo que le habia sucedido, no pudiendo sino repetir ciertas noticias vagas y contradictorias, como, por ejemplo, que se habia alistado para

Levante, que habia pasado á Alemania, que se habia ahogado al vadear un rio, con otras no ménos contradictorias. Añadían en la carta, que estarian á la mira por si pudiesen adquirir noticias más fundadas, en cuyo caso las comunicarian sin pérdida de tiempo á su Ilustrísima.

Más adelante se divulgaron tambien estas mismas voces en el territorio de Leco, y de consiguiente, llegaron á oídos de Ines. Hacía la pobre mujer todo lo posible por apurar la verdad ; pero nada pudo adelantar sino el *dicen*, que áun en el dia basta para asegurar muchas cosas. Á veces apenas le daba alguno una noticia, cuando llegaba otro desmintiéndola, ó dándole una en contrario ; pero todo eran cuentos, y el hecho verdadero fué el siguiente.

El gobernador de Milan, capitán general de Italia, don Gonzalo Fernández de Córdoba, se quejó al Residente de Venecia en Milan, de que se diese asilo en el territorio de Bérgamo á un bandolero, ladron público, excitador de muertes y saqueos, el pregonado Lorenzo Tramallino, que, hallándose en manos de la justicia, habia provocado un motin para escaparse. Contestó el Residente que nada sabía, pero que escribiría á Venecia para dar á su Excelencia la explicacion conveniente.

El gobierno de Venecia tenía por máxima el fomentar y promover la inclinacion de los milaneses trabajadores en seda á trasladarse al territorio de Bérgamo, para lo cual procuraba que encontrasen allí muchas ventajas, especialmente la seguridad personal, que es la primera de todas, y sin la cual de nada sirven las demas. Como entre dos litigantes ricos siempre saca raja, aunque sea poca, el tercero en discordia, avisaron á Bartolo en confianza (no se sabe quién) de que Lorenzo no estaba bien allí, y que convendria por prudencia que se marchase á otra fábrica, mudando tambien de nombre por algun tiempo. Comprendió Bartolo el enigma, y sin pedir más explicaciones, se lo descifró á su primo, le metió en una calesa, y le condujo á una nueva fábrica distante unas quince millas, en donde, bajo el nombre de Antonio Revuelta,

le presentó al dueño, que también era milanés y conocido suyo. Este, aunque los tiempos eran malos, no puso dificultad en admitir á un hilandero que le recomendaba, como hábil y honrado, un hombre de bien, inteligente en el oficio. En la prueba no tuvo que arrepentirse de haber adquirido aquel operario, aunque al principio le pareció algo atolon-



Aquel operario, le pareció algo atolondrado.

drado, porque cuando llamaban á Antonio las más veces no respondía.

Poco después se mandó en Venecia sin grande empeño al Capitan de justicia de Bérgamo, que averiguase y diese cuenta si en su jurisdicción, y particularmente en tal pueblo, se hallaba aquel individuo. El Capitan, hechas las diligencias del modo que comprendió que debía practicarlas, remitió la respuesta negativa, la cual se dirigió á Milan para que el Residente véneto la diese á D. Gonzalo.

No faltaban curiosos que desearan saber de Bartolo, por qué motivo no estaba ya allí aquél joven, y dónde había ido.

Á la primera pregunta respondía: « No sé: ha desaparecido; » pero para despachar á los más pesados, sin excitar sospechas, halló el modo de regalar ya á unos, ya á otros, las noticias que hemos referido, dándolas siempre como cosas inciertas, que él mismo había oído sin fundamento seguro.

Pero cuando á Bartolo se le hizo la pregunta por parte del Cardenal, sin nombrarle, con cierto aparato de importancia y misterio, dando á entender que era por encargo de un gran personaje, se escamó no poco, y no sólo creyó conveniente no separarse de su modo de responder, sino que, tratándose de un sujeto de tal importancia, ensartó de una vez todas las noticias que en diversas ocasiones había difundido una por una.

No hay que suponer, sin embargo, que D. Gonzalo, un personaje de sus circunstancias, estuviese irritado tan de véras contra un pobre artesano, ni que le creyese tan peligroso para perseguirle en su fuga, ni reclamarle en país extranjero, como hizo el Senado romano respecto de Aníbal. Hartos negocios de gravedad tenía en la cabeza D. Gonzalo para ocuparse en los hechos de Lorenzo, y si pareció que le prestaba tanta atención, esto dimanó de un concurso particular de circunstancias, por las cuales, sin quererlo ni saberlo entónces ni nunca, se encontró enredado, por medio de un hilo delgadísimo é invisible, en los multiplicados y graves asuntos de aquel tiempo.

CAPÍTULO XXVII

Más de una vez se nos ha ofrecido hacer mención de la guerra que entónces duraba por la sucesión de los estados del duque Vicente Gonzaga II; pero ha sido siempre tan de paso, que sólo hemos podido indicarla; pero ahora, para entender nuestra historia, es necesario de toda necesidad tener